



LO REAL DEL SEXO: PERSPECTIVAS DESDE EL PSICOANÁLISIS DE ORIENTACIÓN LACANIANA Y LOS ESTUDIOS *QUEER*

Santiago Peidro

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Licenciado en Psicología, Universidad de Buenos Aires

Doctorando en la facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

Resumen:

La idea de este trabajo es realizar una aproximación a la diferencia sexual para situar la problemática que surge al plantear dicha distinción desde un punto de vista anatómico, que conduce a un esencialismo biológico pre-cultural, criticado tanto desde los estudios *Queer* como desde el psicoanálisis de orientación lacaniana.

Palabras clave: Estudios Queer y psicoanálisis: Introducción.

Si bien la noción de “estudios *Queer*” es problemática dado que no responde a una disciplina en sí misma sino más bien a un entrecruzamiento diverso, tomo para este trabajo algunas ideas de J. Butler, quien sostiene que “el sexo es una propiedad cultural” (Butler, 1989:98). Si bien no es novedosa la separación entre sexo y género, la postura de Butler ubica no sólo al género, sino al sexo en su materialidad, como consecuencia de una construcción político-cultural, puesto que “la práctica discursiva mediante la cual se le atribuye el carácter irreductible a una materia simultáneamente ontologiza y fija en su lugar esa matriz generizada” (Butler, 1993:56). El sistema sexo/género se encuentra sustentado por otro, el par binario naturaleza/cultura. Desde el sentido más extendido de este sistema, el sexo se

¹ David Halperin (1995) explica que lo *Queer* engloba a todos aquellos que se sientan marginados a causa de sus prácticas sexuales. El imaginario *Queer* describe un horizonte de posibilidades cuya extensión no puede ser limitada anticipadamente. La dificultad de definir este universo radica en que no representa a un conjunto cerrado. Dentro del mundo *Queer* se puede incluir a militantes, investigadores, académicos, artistas y profesores de diversas identidades sexuales.

vincularía a la biología (hormonas, genes, etc.) y el género a la cultura (sociología, historia, etc.). De este modo, el género sería socialmente construido y el sexo biológicamente determinado.

En contraposición, Butler y todos aquellos vinculados a los estudios *Queer* critican este binarismo entre sexo y género puesto que plantean que no habría una instancia pre-cultural de la existencia. J. Lacan también sostuvo al comienzo de su enseñanza que “es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas” (Lacan, 1953:265). Por lo tanto, si como sostiene Butler, la materialidad está unida a la significación desde un comienzo, ¿Qué estatuto darle a la diferencia anatómica de los sexos? Y ¿Cómo pensar la diferencia sexual real en términos psicoanalíticos?

El mayor problema entre los estudios *Queer* y el psicoanálisis que resaltan autores como J. Allouch (1999), J. Sáez (2004) o R. Cevasco (2010) es que mientras unos abordan el asunto de la diferencia sexual desde una dimensión sociocultural, donde identificaciones y prácticas sexuales serían plásticas y modificables, el psicoanálisis no puede evitar considerar la vertiente que incluye las marcas que dejan las fijaciones de goce, la realidad sexual del inconsciente y la dimensión sintomática producto del modo en que es vivida y leída la no correspondencia entre los sexos, así como el modo singular con que cada ser hablante debe de arreglárselas con su existencia erguida sobre un fondo de goce pulsional. La propuesta de Lacan, con su axioma “no hay relación sexual” es un intento de ubicar un fundamento universal para todo ser humano que no es contingente. Se trata de una imposibilidad a nivel de estructura, que se opone a cualquier clase de relativismo cultural. Todo lo que resulte de las relaciones entre los sexos será sintomático en tanto será respuesta a esa imposibilidad que trasciende la historia.

Esencialismo sexual: en las antípodas del psicoanálisis y el universo *Queer*. ¿Podríamos afirmar que masculino y femenino funcionan al modo de las formas *a priori* de la sensibilidad humana que I. Kant desarrolla en su *Crítica de la razón pura*? Desde la lógica kantiana la intuición empírica que permitiría a cada uno de nosotros emitir predicados sobre un ente particular por medio de sensaciones y percepciones, requiere de las formas *a priori* con

las que el Sujeto moldea la materia que se le presenta a la vista, a la audición o a cualquier nivel sensorial (Kant, 1781). Sin estas formas *a priori* universales (no en sentido cronológico, sino *a priori* de toda posibilidad de conocimiento) el Sujeto estaría perdido en un caos de sensaciones. Ni siquiera podría sostenerse que hay Sujeto sin estas formas que él mismo le impone a los datos sensoriales para conocerlos y ordenarlos. Las formas *a priori* de la sensibilidad del espacio y del tiempo nos indican que toda experiencia supone un tiempo y un espacio como condiciones suyas. De este modo, no es posible representarnos ningún fenómeno por fuera del tiempo o del espacio. Por lo tanto, así como el tiempo y el espacio son condiciones necesarias para ordenar toda experiencia sensible ¿habría formas de lo masculino y lo femenino previas a toda experiencia? No sería factible responder afirmativamente, puesto que la postulación de dos sexos diferentes es consecuencia de la experiencia y no condición de la misma. Esta afirmación desterraría la idea de un esencialismo de un sexo biológico pre-cultural que se critica tanto desde los estudios *Queer* como desde el psicoanálisis lacaniano. La biología no es sin el discurso biológico y el dimorfismo sexual existe en tanto es construido de un modo específico. Lo “natural” funciona en la medida en que creemos que algo es efectivamente de ese orden y habiendo definido previamente donde comienza y donde acaba eso que llamamos naturaleza.

Las hipótesis esencialistas se encuentran en sintonía con las ideas kantianas ligadas a la cosa-en-sí, al *noúmeno* incognoscible e inabordable que se oculta detrás de los fenómenos a los que tenemos alcance. Para Kant, sólo podemos conocer los fenómenos, puesto que la cosa en su existencia pura nos es inaccesible. Al desestimar las formas *a priori* de lo femenino y masculino, podemos concebir entes sexuados por fuera de ese binomio. Tal es así que la fotógrafa británica D. Singh escribiendo acerca de su amistad con la *hijra*² M. Ahmed sostuvo: “cuando le pregunté si le gustaría ir a Singapur para una operación de cambio de sexo me dijo: `realmente no entiendes. Yo soy el tercer sexo, no un hombre intentando ser una mujer. Es problema de tu sociedad el que sólo reconozca dos sexos.’” (Ahmed y Singh, 2001:46). Pero este asunto no se agota apelando a culturas no Occidentales. El discurso biomédico de Occidente ha producido desde siempre saberes sobre los

² Los *hijra* de Pakistán, Bangladesh y la India representan posiblemente a la población del tipo “tercer sexo” más conocida y numerosa en el mundo contemporáneo.

cuerpos respecto de la diferencia y la designación sexual. M. Foucault (1974-1975) da cuenta de cómo el poder de normalización se apropia del saber de la medicina ocupándose esta ya no sólo de la enfermedad, sino produciendo cuerpos, humanizando aquello que encuadra en parámetros previamente definidos respecto de lo que debe ser un hombre y una mujer. Esto se observa claramente en los casos de intersexualidad, los cuales ofrecen una interesante prueba de que el predicado hombre o mujer es una construcción de sentido, un principio de inteligibilidad que permite ubicar anomalías en todo aquello que se aleje del principio del cual se parta. Por tomar uno de los estándares a los que son sometidos los seres humanos nacidos sin una clara diferenciación de sus caracteres sexuales, desde el discurso médico, el clítoris, para ser considerado normal, debe medir como máximo 0,9 cm; el pene, entre 2.5 y 4.5 cm. En casos en los que el clítoris sea más grande de lo establecido, pero sin llegar a la medida mínima necesaria para entrar en la categoría de pene, “si no tiene una vagina se le crea una y es transformado en sexo femenino (...) es más fácil, según los médicos, crear quirúrgicamente hembras, construir una vagina que un pene” (Fischer Pfaeffle, 2003:29). Cabe diferenciar en este punto las cirugías a las que son sometidos los cuerpos intersexuados cuya finalidad es evitar enfermedades futuras por malformaciones, respecto de otras intervenciones cuyo objetivo es el de normalizar cuerpos conformes a cánones contruidos culturalmente de feminidad y masculinidad. Uretras más cortas de lo normal pero sin un defecto patológico, por ejemplo, pueden ser modificadas a fin de que el niño pueda orinar de pie -como todos los hombrecitos- y así evitarle complicaciones subjetivas en la infancia y adolescencia. Esto se realiza sin considerar las consecuencias que pudiera ocasionar tal intervención pudiendo disminuir o anular la sensibilidad de ese pene.

Ante este panorama es que Butler sostiene que el sexo es construido entendiendo que tanto el sexo como el género son lábiles y resignificables en el constante ejercicio paródico de la sexualidad (Femenías, 2003). No se trata entonces de que el sexo responda a una instancia natural y el género a una cultural. Afirmar ese binarismo sería creer en el *noúmeno* kantiano o adherir a las hipótesis providencialistas platónicas donde un Mundo Verdadero inaccesible regiría nuestras existencias terrenales. Sin embargo, como veremos, desde el psicoanálisis no podría pensarse la distribución sexuada desde un puro nominalismo o constructivismo cultural.

¿Hombres sin pene?

Todo conocimiento se constituye a través de juicios y he aquí el problema que resalta Butler al decir que los discursos a través de los cuales se le atribuye el carácter irreductible a una materia, ontologizan y cristalizan en su lugar esa matriz generizada. La Real Academia Española define al pene como el “órgano masculino del hombre (...) que sirve para miccionar y copular”. En relación a este juicio, podríamos aseverar que el predicado de pene no es esencial de esta entidad puesto que el hecho de que sea un órgano masculino es un juicio particular y no necesario. En todo caso ¿Qué define lo masculino? ¿Quién puede afirmar que un sujeto que ha nacido con genitales atribuidos al sexo masculino pero ha cambiado su identidad jurídica y realizado modificaciones en su cuerpo a causa de su sentimiento de identidad de mujer pero conservando aún su pene es un hombre? O por el contrario, ¿acaso un humano carente de pene no podría ser también hombre? ¿O no podría sostenerse una feminidad sin mujeres o una masculinidad sin hombres como propone J. Halberstam (1997)? Que pene o vagina sean fundamento de la diferencia sexual supone ya una construcción. Posicionarse en esas coordenadas nos deja estancados en un esencialismo del que no hacen eco ni los estudios Queer ni el psicoanálisis lacaniano.

Lo real del sexo

Como señala Butler, la hegemonía heterosexual está presente en el entramado de nuestra cultura operando de modo tal que lo que no entra en la norma supone un problema. Si “consideramos el caso de la interpelación médica que hace pasar a de la categoría de “el bebé” a la de “niño” o “niña” y luego esta última se “feminiza” mediante esa denominación que la introduce en el terreno del lenguaje y el parentesco a través de la interpelación de género (...) gracias a la denominación que fija una frontera e inculca una norma” (Butler, 1993:26), desde el psicoanálisis, esa nominación del discurso médico, religioso, jurídico, familiar, etc. producirá efectos indelebles por más que ese cuerpo se transforme posteriormente en otro sexo-género diferente respecto del asignado al nacer. Para ubicar lo real del sexo, es necesario recurrir a un Otro que deja marcas, no significantes, sino letras materializadas en un cuerpo que “constituye un entramado de pulsiones conformado por marcas espaciales

que configuran bordes y fronteras” (Alemán & Larriera, 2001:15). Esta idea nos conduce al concepto de goce, puesto que el sexo no puede reducirse a una nominación simbólica y negar que el cuerpo del ser hablante queda “atrapado mediante inscripciones por fuera del sentido” (Alemán & Larriera, 2001:15). Si bien Butler afirma que “los fantasmas ontológicamente consolidados de hombre y de mujer son efectos teatralmente producidos que fingen ser los fundamentos, la medida normativa de lo real” (Butler, 2000:99), existe un real para el psicoanálisis, que no es ni el sexo anatómico, ni el género, ni la biología. Un real que no desconoce las huellas de goce que dejan las interpelaciones. Es cierto que hombre y mujer es efecto de discurso, es “lo que existe en todas las lenguas del mundo y el principio del funcionamiento del género” (Lacan, 1971-1972, 12/1/72). Pero se trata de un proceso más complejo ligado no sólo a normas culturales, sino a fijaciones que se cristalizan en los cuerpos y con las que cada uno deberá arreglárselas. Aún habiendo modificado legal, hormonal o quirúrgicamente el nombre, género o sexo, estos cambios no pueden eliminar aquello que ha sido inscripto y se ha forjado ya.

Reflexiones

El psicoanálisis da cuenta de un trascendental a nivel de la estructura, donde se incluyen las marcas que dejan las fijaciones de goce al inicio de la vida en el encuentro con el lenguaje y las interpelaciones a las que cada quien se ve sometido. El ser hablante se encuentra atrapado por una red de significantes incluso desde antes de su nacimiento, cuando ya se lo espera como niño o niña, o lo que corresponda dependiendo de cada cultura. Estas ideas no se alejan de la hipótesis butleriana respecto de la materialidad del sexo. Sin embargo, en contraposición a ciertos estudios *Queer*, el psicoanálisis entiende que la nominación no se acaba en lo simbólico. “La nominación no es la comunicación. Es allí que lo simbólico se anuda a algo de lo real” (Lacan, 1974-1975, 11/3/75). Además del Nombre del Padre que nomina, está lo vivo del ser hablante ligado al goce del cuerpo. Se trata de un entramado pulsional resultado de la construcción del cuerpo en su encuentro con el lenguaje. Las diferencias anatómicas son del lenguaje junto con los términos que las distribuyen en géneros distintos. La pulsión brinda pedazos de cuerpo, orificios, zonas erógenas a esa distribución genérica que dona el lenguaje. Es

decir, la división sexual se produce en el encuentro con el lenguaje que precede a todo ser hablante así como en las marcas de goce que ese encuentro deja como consecuencia. El lenguaje porta la diferencia sexual simbólica que se encadenará con un cuerpo dejando marcas imposibles de eliminar.

Referencias:

1. Ahmed, Mona y Singh, Dayanita (2001). *Myself Mona Ahmed*. Nueva York: Scalo Publishers.
2. Alemán, Jorge y Larriera, Sergio (2001). *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*. Madrid: Síntesis.
3. Allouch, Jean (1999). Acoger los *gay and lesbian studies*. *Revista Litoral*, (27), 171-183.
4. Butler, Judith (1989). Imitación e insubordinación de género. En Raúl Giordano y Graciela Graham (Ed.), *Grañas de Eros* (pp. 87-114). Buenos Aires: Edelp.
5. Butler, Judith (1993). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.
6. Cevasco, Rithée (2010). *La discordancia de los sexos*. Buenos Aires: Psicolibro.
7. Femenías, María Luisa (2003). *Judith Butler: una introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.
8. Foucault, Michel (1974-1975). *Curso del Collège de France. Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
9. Giberti, Eva (2003). Transgéneros: síntesis y aperturas. En Diana Maffía (Ed.), *Sexualidades migrantes, género y transgénero* (pp. 37-66). Buenos Aires: Feminaria.
10. Halberstam, Judith (1997). *Masculinidad femenina*. Barcelona: Egales.
11. Halperin, David (1995). *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Buenos Aires: El cuenco del plata.
12. Kant, Immanuel (1781). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara.
13. Lacan, Jaques (1953). Función y campo de la palabra y el lenguaje. En Jaques Lacan, *Escritos I* (pp. 227-310). Buenos Aires: Siglo XXI.
14. Lacan, Jaques (1971-1972). *El Seminario 19. O peor*. inédito.
15. Lacan, Jaques (1974-1975). *El Seminario 22. RSI*. inédito.
16. Sáez, Javier (2004). *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.
17. Soley-Beltrán, Patricia (2003) ¿Citaciones perversas? De la distinción sexo-género y sus apropiaciones. En Diana Maffía (Ed.), *Sexualidades migrantes, género y transgénero* (pp. 67-94). Buenos Aires: Feminaria.